

AC 01 135

Dedicamos hoy nuestro espacio de lenguaje a la figura y la obra del rey Alfonso X el sabio del que este año se cumple el séptimo centenario de su muerte. Intervienen en esta ocasión la profesora de la asignatura doña Sagrario Rodríguez Martín Montalvo y el profesor de historia medieval de España don Antonio Antelo Iglesias al que agradecemos su colaboración especial. También incluimos como documento unas palabras de don Rafael La Pesa.

En primer lugar interviene el doctor don Antonio Antelo profesor agregado de historia medieval de España en la Universidad Nacional de Educación a Distancia. Conmemoramos en este año el séptimo centenario de la muerte de Alfonso X el sabio. Aunque su nombre como gobernante no ha gozado de la estimación debida, ya el marqués de Mondejar hace unos doscientos años trazó su auténtico perfil histórico político que no se diferencia esencialmente del de otros monarcas, salvo en que la fortuna le abandonó una y otra vez frente a los vaivenes del poder.

Según la tradición adversa, Alfonso era un rey absorto en la contemplación de las estrellas y ajeno, por el contrario, a los asuntos mundanales. Sin embargo, él colaboró positivamente con su padre Fernando III en las campañas andaluzas, desde 1237 hasta la conquista de Sevilla en 1248. Incorporó a la corona de Castilla al reino de Murcia, impulsó la repoblación de vastas áreas, intentando al propio tiempo acertadas reformas económicas y administrativas.

Tomó las plazas de Jerez de la Frontera, Medina Sidonia, Lebrija, Niebla, Cádiz, etc., sin cejar en la acción militar contra el Islam, al que trató de combatir en África. Sus altas miras apuntaron sin éxito a la corona imperial desde 1256 hasta 1275, aspiración máxima que hizo de la corte castellana un centro europeo de gravitación diplomático y cultural. Tan nobles programas se malograron, en buena medida, por sus conflictos familiares y las facciones hidalgas que capitaneaba don Nuño de Lara.

Turbulencias agravadas luego por la ruptura entre el soberano y don Sancho, su hijo, a quien apoyaban los magnates. Hostilidad infausta que amargó los últimos días del rey. Por su débil voluntad a la hora de afrontar decisiones capitales, el saldo histórico político no es todo lo brillante y fecundo que se esperaba de su talento.

Pero, en cambio, el gran legado científico y literario de la época alfonsí consagra a su artífice como una de las personalidades culminantes de la civilización medieval. Esta rica herencia cristiano-semítica es, en efecto, la espléndida contribución de aquel monarca. Ramón Menéndez Pidal supo, en una injundiosa conferencia, bosquejar un paralelo entre el rey castellano y el emperador Federico II Staufen, otro exponente de la plenitud cenital que representa el siglo XIII.

El gran maestro de la historiografía y filología hispánicas decía, en la Universidad de Palermo, hace treinta años. Alfonso X siente la ciencia no como un lujo propio, sino como una necesidad

nacional, pues cree preciso difundir los conocimientos científicos entre sus súbditos. Mientras que el emperador, excediendo en sus ambiciones los límites del Estado, auspicia el saber en la lengua universal, el latín, como vehículo y realce de su majestad cesárea.

Por lo demás, añade Menéndez Pidal. El impulso científico que promueve el rey sabio es más fecundo que el debido al emperador. Alfonso creó una historiografía que vivió renovándose por espacio de dos siglos.

Dió gran impulso a las ciencias astronómicas, tanto que las tablas alfonsinas eran aún usadas y anotadas por Copérnico, y las traducciones de obras árabes tuvieron buena difusión. La lengua castellana adquiere, gracias a Alfonso X, importancia político-administrativa, continuando así el vuelo iniciado bajo Fernando III en la Cancillería, pero especialmente como instrumento del saber. Américo Castro sostiene que Alfonso adoptó la lengua vulgar porque no sólo había evolucionado suficientemente, sino porque los ilustres judíos que le rodeaban la preferían al latín y contribuyeron, por tanto, a darle entidad oficial.

Así dice Américo Castro. El hecho peculiarísimo de que surgiese un caudal de prosa adducta en torno a Alfonso necesitó, sin duda, del carácter y voluntad del monarca para ser posible. Más no lo habría sido, primero, de haber nacido en Castilla personalidades aductas a tono con la cristiandad europea de entonces.

Segundo, sin la presencia de sabios judíos conscientes de que el romance castellano era su idioma materno, así lo dicen, bien al tanto del tipo de cultura permisible y deseable para la floreciente Castilla de Alfonso X, y desligados del sentido de catolicidad cristiana, de que era índice de la lengua latina. Como buen castellano el rey tuvo en cuenta su situación personal, su lengua y el medio en que vivía, mucho más que la idea de la cultura en la Europa cristiana. El integralismo español se ha expresado en muy varias formas y una de ellas ha sido la resistencia a universalizarse culturalmente.

Sin embargo, tal interpretación, propuesta por Castro en su magna obra *La realidad histórica de España*, de 1954, no la comparten muchos lingüistas e historiadores. Alfonso X reafirmó el castellano con un propósito unitario que se extendía tanto a la literatura y la ciencia como a la redacción de documentos públicos. Le movió a ello evidentemente su hacendrado sentimiento nacional y el deseo muy vivo de facilitar a sus súbditos la convivencia fructífera y pacífica mediante una lengua común.

Es punto menos que imposible separar aquí la incipiente razón de estado que los reinos y el derecho romano comenzaban entonces a perfilar de la acción cultural y científica. Los denominados talleres alfonsíes, lúcidamente investigados entre otros por Gonzalo Menéndez Pidal y Diego Catalán, fueron el ámbito donde el castellano se forjó como instrumento del saber. Un pasaje de la *General de Gran Historia* nos aclara el papel desempeñado al respecto por el monarca.

Así pues, el rey intervenía directamente en las razones o materia de una obra determinada,

concertándolas y rectificándolas tanto en la forma como en el contenido y escogiendo a los redactores definitivos. Incluso gráficamente, a través de las miniaturas que ostentan la Crónica General de España, la General Historia, las Cantigas y el libro de ajedrez Dados y Tablas, podemos imaginarnos la supervisión a que el rey sometía el trabajo en equipo. Vamos a escuchar una de las Cantigas de Santa María del rey Alfonso el Sabio, la titulada Ay Santa María.

Omitiendo la creación poética del rey, o Cantigas, y su labor codificadora, las partidas, subrayemos tan sólo dos manifestaciones primordiales de esta política alfonsí en cuanto al saber, la historiografía y las ciencias. ¿Acaso una de las producciones más relevantes de esos talleres o seminarios de Alfonso X sea la primera Crónica General, primer ensayo literario en cualquier lengua vernácula, dentro del género? Pues Francia e Italia no tenían a la sazón ninguna obra similar a la castellana. El pasado, en los reinos leonés y castellano, se contemplaba hasta el Derrebus Hispanie de don Rodrigo Jiménez de Rada, arzobispo de Toledo, como historia gótica.

A partir, en cambio, de Alfonso X, superaría dicha concepción, ya que se introdujo la novedad de fusionar la historia nacional con la romana. El universalismo alfonsí resplandece en los 341 capítulos dedicados a Roma, cuya honda estimación por parte del rey justifica el que se hable de cierto clasicismo, al que no es ajeno el fecho del imperio. La Crónica General revela además un sentimiento protonacional muy acentuado ya hacia 1250, cuando Fernando III ejerce su señorío de mar a mar y las armas cristianas están a punto de coronar la reconquista.

Se tendrá en cuenta asimismo la materia épica incorporada a la narración histórica como rasgo peculiar de la segunda parte. Los colaboradores de Alfonso X, que escriben en romance para el mismo público de los juglares, infunden calor y color vitales a su exposición, prosificando cantares de gesta, recogiendo leyendas y salvando tesoros poéticos de gran valor, no sólo artístico, sino también histórico. La historia y la epopeya nacieron, maduraron y desarrollaronse conjuntamente.

Es innegable la compenetración entre la historia oficial, monárquica, y la epopeya, juglaresca, popular, como ha aprobado Ramón Menéndez Vidal. En el plano científico, el siglo XIII aseguraría nuevo esplendor a la llamada Escuela de Traductores de Toledo, por la voluntad regia de verter al romance los textos árabes que, con anterioridad, se trasladaban al latín. Prosiguiendo la gran labor de divulgación emprendida bajo Fernando III, su hijo Alfonso patrocinó, siendo infante, algunas versiones, como la del Calila Edimna o Digna, comenzando en 1256, la primera época que llegó hasta 1260, durante la cual se tradujeron las obras de Azarquiel.

Corrigió, en particular, sus tablas según las coordenadas de Toledo. La redacción estuvo a cargo de Rabí Tzac, quien le dio cima durante el segundo período, hacia 1272. En 1255 se inició asimismo la composición de los Libros del Saber de Astronomía, terminada hacia 1276.

Desgraciadamente, aparte de sus cánones, no se conserva el texto castellano de esas tablas alfonsíes, muy consultadas en latín hasta Kepler. Otras aportaciones notables a la astrología

fueron el Libro de las Cruces, el Libro del Atsir o División de la Bóveda Celeste en doce casas, por medio de meridianos e instrumento en que se haya representada, el Libro de los Juicios de las Estrellas y el Lapidario. También se tradujeron los clásicos tratados de agricultura de Im-Wafit e Im-Basal, obras talmúdicas y cabalísticas, la Biblia hebreaica, etc.

Bastan, pues, los trabajos señalados para comprender la trascendencia del reinado de Alfonso X en orden a la conciencia nacional, expresada historiográficamente, y al estudio físico-matemático del universo, representado por el saber judeo-arábigo, empleando a tal fin la lengua castellana, todavía germinal en su morfología, sintaxis y vocabulario, pero llamada a muy altos destinos. Hasta aquí la intervención del profesor de Historia Medieval de España, don Antonio Antelo Iglesias. Vamos a escuchar a continuación una de las cantigas de Santa María del Rey Alfonso el Sabio, la que lleva por título Incluimos ahora, por su valor como documento, unas palabras de don Rafael La Pesa, historiador de la lengua y comentarista de la literatura, que fueron pronunciadas hace unos años.

Recordamos que al comienzo del curso académico 83-84, le ha sido concedida a don Rafael La Pesa la gran cruz de Alfonso el Sabio. Oigámosle. En la literatura medieval española, la obra de Alfonso X marca una divisoria fundamental.

Es la suya una labor ingente, que no conocemos en su totalidad, porque en gran parte permanece inédita. Pensemos que de la general historia no se ha publicado la mayor parte, que la partida primera no se conoce íntegra en la versión que salió de la Cámara Real de Alfonso el Sabio, la que presenta el Códice Regio, conservado en el British Museum, etc. Otras obras están exigiendo nuevas ediciones, y es cierto que hay un esfuerzo desde hace muchos años, el que inició Solalinde con la publicación de la primera parte de la general historia, y que han continuado sus discípulos en Wisconsin, como son Lloyd Casten, Kid Luke, o en otros países como Suiza, Hilty, con el libro de los Juicios de las Estrellas, que fue publicado por la Real Academia Española.

En España también ha habido esfuerzos, pensemos en la Biblia, en el Pentateuco, que dirigido por Américo Castro y Milares, se publicó en Buenos Aires en 1925-1927, y que, aun cuando no sea una traducción de la Biblia que estemos seguros pertenece a la Cámara Alfonsín, sí, en sentido amplio, obedece a ella. Por otra parte, obras absolutamente seguras alfonsíes, como El Lapidario, están siendo objeto de edición esmerada y de estudio. Después de las palabras de don Rafael La Pesa, va a intervenir la profesora de lenguaje del curso de acceso, doña Sagrario Rodríguez Martín Montalvo, que es autora de la edición crítica del Lapidario de Alfonso X. Bueno, en esta celebración importantísima del rey sabio, mejor dicho del séptimo centenario de su muerte, yo tengo aquí un papel realmente poco importante.

Soy solamente profesora del área de lenguaje del curso de acceso y me dirijo a un público, en razón de mi albusnado, que desconoce en principio, y yo no le puedo obligar a seguirme en filología, el español medieval, pero ante la posibilidad de que haya una mayor resonancia de este programa, debo conjugar un poco el nivel de divulgación con el rigor científico, y el rigor

científico en lenguaje, mejor dicho, en lingüística diacrónica o filología, es bastante difícil de agarrar la atención del lector. Se me ofrece un gran problema, teniendo en cuenta que yo precisamente me especialicé en mi tesis doctoral sobre un tema exclusivamente dedicado al rey sabio, y dentro de la obra del rey sabio, a un texto que no es del todo literario. Su posible valor literario es un tema en el que estoy actualmente trabajando, como posible la aportación a una mejor valoración de esta obra, el lapidario, según el manuscrito escurialense HI15.

Mi condición, por una parte, de especialista en la obra del rey sabio desde la vertiente filológica, y por otra parte, dedicada a una enseñanza más bien pre-universitaria, es lo que me pone realmente en estos momentos en un gran apuro, sobre todo teniendo en cuenta el gran afecto que siempre me ha inspirado a mí la figura del rey sabio, don Alfonso X, que como acaba de señalar muy bien el doctor Antelo, no ha sido del todo hasta ahora valorada para mí y para la historia actual en su justa medida. Como gobernante a mí no me competía en absoluto entrar en el tema. En cuanto a su aportación a la ciencia, yo fijé en el lapidario, en la introducción, que no es tanta como a primera vista nos puede parecer, ni tan escasa como pretendieron en un momento decir.

El prólogo a mi edición del manuscrito que lleva la firma de don Rafael La Pesa, es más autorizada que la mía para hacer un balance de la aportación científica de esta obra vista desde la historia de la lengua, porque el balance definitivo en medicina, es decir, a la materia médica, está aún por estudiar. A este estudio destiné yo precisamente la fijación de las posibles fuentes rastreables mediante notas a pie de página y también la aclaración y definición de las palabras todas empleadas en el vocabulario con un estudio crítico etimológico y también con su definición en base al contexto en que aparecen. De momento y hasta que la historia de la ciencia no lo incorpore como definitivo, tenemos únicamente el balance que hace con mejor autoridad que yo, don Rafael La Pesa, que prologa la edición de mi libro.

El interés científico nacía impulsado por inquietudes astrológicas, arropado por imaginaciones míticas de las que tardaría mucho en desprenderse. La descripción de la apariencia y propiedades físicas de cada mineral va acompañada por la enumeración de sus virtudes médicas y mágicas. Los frutos de la observación, de la experiencia y del absurdo se entremezclan, sazonados por el exotismo de nombres árabes y griegos deformados en una prosa ingenua y vivaz.

A veces son logros poéticos no pretendidos, a veces con expresión directa como hace ver Sagrario Rodríguez Montalvo, la actual editora del libro. Gran esfuerzo de voluntad el suyo, se ha hecho filóloga entregándose al estudio del lapidario con la más entusiasta y desinteresada vocación. Gracias a ella tendremos la posibilidad de leer en texto fidedigno una obra que hasta ahora sólo era accesible en transcripción defectuosa y ejemplares guardados en pocas bibliotecas.

Nos da también un valioso vocabulario, rico en sorpresas. Primeras apariciones de cultismos, agricultura, camafeo, opilación, tísico, semicultismos, cirugía y arabismos, al-yofar, al-magra,

borrax, vocablos de tradición popular hasta ahora desconocidos, ciguda, cicuta, uviella, uvula, acepciones etimológicas, muslo del brazo, músculo. Naturalmente mis estudios continuaron sobre el texto y la obra general Alfonsín.

Con estas palabras de la profesora Sagrario Rodríguez Martín Montalvo terminamos el espacio que hemos dedicado a Alfonso X el Sabio, figura de singular importancia al estudiar la literatura medieval.